

Mexico y los Monopolios

Denise Dresser

Reunión Anual de la Canitec
24 de abril, 2008

Si Madame Calderón de la Barca escribiera su famoso libro "La Vida-en México" hoy, tendría que cambiarle el título.- a Monopolilandia. Porque desde el primer momento en el que pisara el país se enfrentaría a los síntomas de una economía monopolizada y un gobierno impotente. Aterrizaría en uno de los aeropuertos más caros del mundo, se vería asediada por maleteros que controlan el servicio, solo podría tomar taxis de una compañía y si tuviera que cargar gasolina lo haría nada más en PEMEX. En el hotel habría el 75 por ciento de probabilidades de que consumiera una tortilla vendida por un sólo distribuidor y si se enfermara del estómago y necesitara ir a una farmacia, descubriría que las medicinas allí cuestan más que en otros lugares que ha visitado. Si le hablara de larga distancia a su esposo para quejarse de esta situación, pagaría entre las tarifas más elevadas de la OCDE. Y si prendiera la televisión para distraerse ante el mal rato, descubriría que sólo existen dos cadenas. Entonces la pobre Madame descubriría que está atrapada en un país donde como ciudadana y como consumidora no existe. No tiene derechos. No hay quien luche por ellos.

Si decidiera hablar a Teléfonos de México para reclamar los cargos adicionales e inexplicables que le han hecho a su celular recién adquirido, la mantendrían en la línea un par de horas. Después de transferirla con dos secretarías y la prima del supervisor, le dirían que debe presentarse personalmente en las oficinas de la compañía para aclarar su caso. Si ya allí se parara en la cola durante horas e iniciara un proceso de revisión, de cualquier manera le cortarían el servicio aunque es ilegal hacerlo. Si Madame Calderón de la Barca - persistente, ella - contratara a un abogado y peleara para recuperar su dinero, el representante de Telmex le diría que como está cancelado el servicio, ella "no es cliente de la empresa" y por lo tanto el reclamo no procede. Entonces la pobre Madame descubriría que está atrapada en un país donde como ciudadana y como consumidora no existe. No tiene derechos. No hay quien luche por ellos.

Indignada ante el abuso y la impunidad, haría uso de la Ley Federal de Acceso a la Información y presentaría una solicitud a la Comisión Federal de Telecomunicaciones pidiendo la documentación del seguimiento efectuado para asegurar el cumplimiento de las obligaciones del título de concesión de Telmex. En pocas palabras, Madame querría saber si la compañía ha cumplido con las obligaciones que el gobierno le impuso después de su privatización en 1990. Querría también saber si el órgano regulador ha cumplido con la misión para la cual fue creado. Querría evaluar si hay alguien encargado de vigilar el interés público en nombre de los ciudadanos.

Y cual sería su horror al recibir la respuesta a su petición: la dependencia le informa que "la autoridad *aún* no ha elaborado un documento que contenga propuestas de sanciones a Telmex derivado de posibles incumplimientos de las condiciones del título de concesión, dado que la revisión de los mismos aun no ha concluido" (número de expediente 104507). Madame Calderón quedaría estupefacta, dado que la Cofetel comenzó la investigación en 1998 y nueve años después no la ha podido concluir, aún cuando Telmex ha incurrido en violaciones flagrantes.

Entendería por qué Luis Téllez, el Secretario de Comunicaciones y el propio Felipe Calderón, Presidente de la República, argumentan que la Cofetel está "capturada", por los intereses - en este caso los de Carlos Slim - que debería regular. Lo que la pobre mujer no alcanzaría a comprender es por qué ninguno de los dos hace algo al respecto. Por qué el Sr. Téllez, en cada cóctel que se lo encuentra, le dice que confíe en él y que si está en favor de la competencia, pero al mismo tiempo declara la inexistencia de monopolios y se para una y otra vez del lado de quienes los controlan. Pero aún *más* grave: no lograría concebir que el Ejecutivo mismo abdique de su responsabilidad y posponga decisiones que podría tomar - hoy - para fomentar una economía más competitiva, y menos onerosa para los consumidores del país que gobierna. Preguntaría por qué el gobierno no ha tenido la voluntad política para hacer lo que debería en nombre de sus ciudadanos, para entenderlo tendría que leer un nuevo libro que acaba de salir: "Good Capitalism/Bad Capitalism, by the economists" de William Baumol, Robert Litan y Carl Schramm, un libro que acaba de salir y que habla acerca de por qué algunos países prosperan y otros se estancan; por qué algunos países promueven la equidad y otros no logran asegurarla. La respuesta se encuentra en la mezcla correcta de Estado y mercado, de regulación e innovación. La clave del éxito - o del fracaso - se halla en el modelo económico: en la decisión de promover el capitalismo de Estado o el capitalismo oligárquico o el capitalismo de las grandes empresas o el capitalismo democrático.

México posee rasgos de los primeros dos tipos y está todavía lejos de acceder al cuarto. Al capitalismo dinámico donde el Estado no protege privilegios, defiende cotos, elige ganadores y permite la perpetuación de un pequeño grupo de oligarcas con el poder para vetar reformas que los perjudican. Al capitalismo en el cual las autoridades crean condiciones para los mercados abiertos, competitivos, innovadores, que proveen mejores productos a precios más baratos para los consumidores.

Hoy, México padece las consecuencias de esfuerzos fallidos por modernizar la economía, que empezaron hace más de 20 años. Entre 1988 y 1994, la tecnocracia mexicana privatizó las telecomunicaciones y otros bienes del Estado, sin embargo, no lograron producir una economía dinámica, beneficios claros para el consumidor; debido a la falta de regulación. En vez de transparencia y reglas claras, sólo hubo discrecionalidad, producto de la relación cercana entre los miembros de la cúpula empresarial y miembros del Gobierno que debería regularlos.

México siguió el consenso de Washington, pero lo hizo mal y dio malos resultados con una economía que no crece, una cúpula empresarial que no compete. Hoy México se ve constreñido por esa red de relaciones que opera a través de favores y de privilegios, así como posiciones dominantes, protección regulatoria y colusiones que el Gobierno ofrece y el sector privado exige para invertir.

México, el día de hoy, está repleto de rentistas de intereses atrincherados en sectores claves para el desarrollo del país: telecomunicaciones, servicios financieros, transporte, energía, educación, entre otros, y en esos sectores los rentistas capturan rentas y extraen valor y no a través de la creación de la riqueza sino de la transferencia de riqueza por medio de la manipulación del entorno económico y de la creación de altas barreras, dadas para los jugadores en el mercado. De esta manera, se crean cuellos de botella que inhiben la innovación y el crecimiento, y estos cuellos de botella explican el porqué persiste la desigualdad social en México.

Un reporte reciente del Banco Mundial dice: "El valor neto de los multimillonarios de México creció a más de 4 por ciento del PIB en el 2000 y a más de 6 por ciento del PIB en el 2006 (2) . Pero como ustedes saben esos beneficios no han sido diseminados de manera ancha de la población. Y la concentración de la riqueza está en una elite económica, en sectores como telecomunicaciones en qué se traduce en ventajas injustas, captura regulatoria, políticas públicas diseñadas en interés particulares por encima del interés público (4).

1. The term "rent-seekers" was coined in an influential article by *Ann O. Krueger*, "The Political Economy of the Rent-Seeking Society," *American Economic Review*, Num. 64, June 1974, p. 291-303,
2. Isabel Guerrero, Luis Felipe López: Calva, and Michael Walton, "La trampa de la desigualdad y su vínculo con el bajo crecimiento en Mexico," (mimeo), november 2006.
3. José Woldenberg, "La desigualdad", *Reforma*, May 6, 2007.
4. See Rafael del Villar Aldrich, "Competencia y equidad en telecomunicaciones," (mimeo), November 23, 2006.

Allí está el ejemplo emblemático de Carlos Slim con una fortuna que equivale a 16 por ciento del Producto Interno Bruto del país. Carlos Slim, un síntoma más del capitalismo disfuncional que estrangula a la economía mexicana e inhibe su evolución.

Carlos Slim, "criatura del Estado": una creación de los gobiernos omisos y los consumidores pasivos y las instituciones capturadas y las reglas que quienes tienen poder han logrado poner a su servicio.

En México hay quienes no pierden el sueño por lo que el Sr. Slim representa y las implicaciones del imperio expansivo que ha logrado construir. Piensan que es el Gates mexicano y hay que evaluarlo así: un monopolista más que sobresale gracias a su talento y a su extraordinario espíritu empresarial.

Pero la comparación con Bill Gates es engañosa porque ignora la forma distinta en la cual se han construido ambas fortunas y el impacto contrastante que tienen en la economía que operan. En Estados Unidos, Bill Gates es una barracuda dentro del Río Mississippi, en el cual nadan otros peces igualmente grandes, agresivos y competitivos. Allí el gobierno es un yate enorme que los vigila y asegura que naden en igualdad de condiciones. Pero en México, Carlos Slim es una ballena en el lago de Chapultepec y el gobierno es una chinampa.

Sí, una chinampa flotante llena de flores y frutas. Impotente e impasible ante el poder de la ballena que ha alimentado durante más de 18 años, desde la privatización de Telmex. Dieciocho años en los cuales el gobierno pudo haber establecido las condiciones de la competencia pero no lo hizo. Dieciocho años en los cuales pudo haber desmantelado las barreras de entrada a nuevos jugadores en el mercado pero no lo logró. Dieciocho años en los que pudo haber actuado para apoyar a los consumidores pero optó por beneficiar a quien se aprovecha de ellos.

Como argumenta un artículo reciente en el Financial Times, para ser ' tan rico como Carlos Slim hay que invertir en mercados ineficientes, en sectores protegidos, en compañías con diques altos. Hay que controlar quién nada en el lago de Chapultepec y Carlos Slim lo ha logrado en alianza con el operador de la chinampa.

El ascenso vertiginoso de Carlos Slim en la escena nacional y global no puede atribuirse tan sólo a las cualidades que indudablemente posee. Su avance no es nada más un reflejo de sus instintos. La construcción de lo que el politólogo George Grayson llama "Slimlandia" ha sido posible gracias al modelo económico del país y los problemas que presenta. Gracias a la falta de leyes que existen para el control y la alimentación de las ballenas.

Insisto, en México, los intereses particulares han logrado poner a cierta ramas del gobierno bajo su control, y quizá no hay ejemplo más claro de esto que en las telecomunicaciones. Sexenio tras sexenio, la Cofetel ha incurrido en omisiones o ha promovido acciones que benefician al Sr. Slim a costa de los consumidores, Ha convertido a los ciudadanos en *plankton* con el cual se alimenta a un mamífero cada vez más grande, cada vez más presente, cada vez más facultado para dictar los términos del juego económico del país y establecerlos en su favor.

Y por ello, el papel de Carlos Slim en México es un papel ambiguo, ambivalente. Slim encarna las contradicciones del capitalismo de baja calidad, en un país donde los "campeones nacionales" son aplaudidos aunque sus prácticas anti-competitivas coarten el crecimiento. Pero esas contradicciones no serían resueltas hasta que los consumidores mexicanos pesen más que el monopolista que han contribuido a crear. Hasta que los capitanes de la chinampa obliguen a la ballena a bajar de peso, en lugar de celebrar cuanto la han ayudado a engordar.

Pero eso no ocurrir mientras muchos mexicanos digan: "Quizás sea un monopolista pero es nuestro monopolista". Esa es la frase recurrente con la cual muchos mexicanos suelen defender a Carlos Slim. Ese es el argumento reiterativo con el cual demasiados justifican su predominio. Esa es la postura repetitiva con la que aún los consumidores más exprimidos avalan su actuación. Mejor él que un extranjero, dicen. Más vale un empresario mexicano que un empresario gringo o español, sugieren.

Más vale un "campeón nacional" que someter al país a la competencia internacional, postulan. Y cada vez que lo hacen contribuyen a explicar por que el Sr. Slim se ha vuelto el hombre más rico del mundo, a costa del lugar que lo produjo. El gobierno de México lo ha propulsado. Los ciudadanos lo han permitido. Carlos Slim es el síntoma más obvio de un sistema económico que en aras del nacionalismo mal entendido, ha generado mercados distorsionados.

Hoy nadie sabe qué hacer ni como lidiar con un hombre con más poder que el presidente de la República. El dilema que presenta la figura de Carlos Slim es estructural, no personal. Resulta poco fructífero discutir la moralidad o la amoralidad de su comportamiento, o si es una buena o mala persona, o si su filantropía debe ser aplaudida o cuestionada.

Es poco productivo culparlo de mucho o exculparlo de todo porque ello constituiría una disgresión ante lo verdaderamente importante: la imperiosa necesidad de reformar el capitalismo mexicano y promover la competencia.

Uno podría pasar horas – y yo misma lo he hecho- señalando su desenfadada rapacidad. Pero lo cierto es que Carlos Slim se ha comportado de manera absolutamente racional, desacuerdo con las reglas existentes del juego económico. Su apuesta ha sido a ganar la mayor cantidad de dinero posible y ha usado todos los instrumentos a su disposición dentro del sistema.

Por eso será imprescindible que México mire lo que otros países han hecho con los monopolios que estrangulaban su economía y aprenda a regularlos mejor. Basta con recordar cuando los Rockefeller y los Vanderbilt y los Carnegie dominaban los mercados estadounidenses y obstaculizaban la competencia en ellos.

Podían - como lo hace Carlos Slim hoy - cobrar lo que querían y comportarse como quisieran. Eran poderosos e impunes. Y poco a poco, el público comenzó a alzar la voz en su contra. El poder incontenible de los grandes consorcios motivó un movimiento progresista, liderado por Teddy Roosevelt. "Los amos del Gobierno de Estados Unidos son los capitalistas", vociferaba "El gobierno se ha convertido en el hijo adoptivo, de los intereses atrincherados", clamaba. Y entonces su gobierno se dedicó no a destruir los monopolios sino a regularlos en nombre del interés público. Busco convertir a los "jugadores dominantes" en unidades más pequeñas y menos anticompetitivas.

El reto - fundamental, definitorio - para Felipe Calderón es reproducir esa experiencia liberadora en México. Dejar de ser un estatista y convertirse en un estadista: alguien que desata el espíritu emprendedor al alejar al país del modelo mercantilista que lo ha maniatado.

Alguien capaz de equilibrar las ganancias empresariales con los derechos ciudadanos. Alguien capaz de usar la fuerza regulatoria del Estado para construir un sistema económico dinámico, competitivo, que nutra a la clase media y asegure su expansión. Alguien que reconoce las barreras de entrada que Carlos Slim - y otros - han erigido en torno a sus imperios, y se dedica a desmantelarlas. Y alguien que asume la responsabilidad del Poder Ejecutivo para iniciar un proceso de reforma encaminado no nada mas encaminado a fortalecer al Estado, sino a promover una verdadera economía de mercado. Algo que en Mexico aún no existe en esos ámbitos controlados por "campeones nacionales" colocados en un pedestal, desde donde obstaculizan, bloquean, retrasan.

El presidente y su equipo necesitan entender el costo que ése tipo de comportamiento empresarial tiene para Mexico, y por qué ha llegado la hora de frenarlo . La política de promoción de "campeones nacionales".

Ha implicado la creación de un subsidio ciudadano para la construcción de monopolios empresariales. Quizá algunos insistan que la estrategia de protección a personas como Slim era necesaria para crear conglomerados con la capacidad de competir a nivel global con sus contrapartes. Pero los supuestos beneficios de esta estrategia palidecen junto a sus perjuicios obvios : consumidores expoliados y mercados manipulados.

Cambiar esta realidad no puede ser labor sólo del gobierno; requerirá la participación de lo s ciudadanos y el empoderamiento de los consumidores. Requerirá modificar el mapa mental de aquellos que ven a Carlos Slim como modelo a seguir en lugar de síntoma a combatir. Y será imperativo discernir que la admiración legítima al Sr. Slim no debe sustituir la remodelación del capitalismo disfuncional que lo parió. En el futuro, México debe abocarse a crear verdaderos campeones empresariales, producto de mercados competitivos y no de gobiernos coludidos. Héroes reales que triunfen gracias a la innovación que logran fomentar y no gracias a los consumidores que pueden postrar. ¿ Y por qué hacerlo?

"Cansada de besar sapos", es el titulo de una pelicula de moda. "Cansada de pagar rentas", debería ser el titulo una película --orgullosamente mexicana -- de horror. De abuso. De extracción. De colusión. La pesadilla cotidiana que padecen millones de ciudadanos, millones de consumidores, millones de mexicanos sometidos a aquello que la literatura económica llama el "rentismo": las múltiples maneras en las que individuos o grupos privilegiados obtienen reglas del juego que los benefician. Permisos que los enriquecen. Amparos que los exoneran. Regulación que los protege. Protección que les pemite acumular grandes ganancias a expensas de demasiados consumidores. Ustedes y yo.

Obligados como Madame Calderón de la Barca a pagar precios abusivos por bienes y servicios como la tortilla, la telefonía, las carreteras, los servicios financieros, las Afores, la gasolina Víctimas comunes del proceso mediante el cual uno o varios empresarios - con el permiso del gobierno – capturan rentas a través de la manipulación del entorno económico.

Acaparando o especulando o monopolizando o creando un cartel. Manipulando al mercado para controlarlo lo. Presionando al gobierno para coludir con él. Eso es Mexico hoy en múltiples ámbitos: una economía política donde la explotación al consumidor es práctica común y colaborativa. Y todos los Diaz alguien - ustedes y yo – paga los precios de esa colaboración.

La colaboración entre empresarios rentistas, reguladores capturados, instituciones coludidas, funcionarios cómplices. Esa red descrita en un artículo parteaguas de la economista Anne Krueger: "The Political Economy of the Rent-Seeking Society" ("La economía política de la sociedad rentista").

Esa red de monopolios y permisos y subsidios y restricciones que distorsiona los precios y los eleva para bien de alguien. Alguien como el dueño una distribuidora de maíz o el concesionario de una carretera privada o el comprador de un banco rescatado con el Fobaproa o el principal accionista de Telmex o el operador de una Afore. Alguien que no es un consumidor como cualquier otro. Alguien que no es usted o yo.

Pero usted y yo pagamos la renta que hace posible el rentismo. Hacemos posible la transferencia de riqueza para que otros la acumulen excesivamente. Cuando pagamos la cuenta telefónica. La conexión a internet. La cuota en la carretera. La comisión de las Afores. La comisión por la tarjeta de crédito. Ejemplo tras ejemplo de rentas extraídas a través de la manipulación del mercado. Con resultados cada vez más costosos y cada vez más obvios. Porque el rentismo acentúa la desigualdad, produce costos sociales, dilata el desarrollo, disminuye la productividad, aumenta los costos de transacción en una economía que para competir, necesita disminuirlos. Peor aún, convierte a representantes del interés público en empleados de intereses privados. Convierte al gobierno en fiduciario de las familias más poderosas del país. No las de usted o la mía.

Porque el rentismo no beneficia al consumidor sino a quien lo explota. Beneficia a los especuladores y a los acaparadores y a los monopolistas y a los concesionarios que tienen a su cargo un bien público, y se dedican a extraer ganancias exorbitantes gracias a él.

El rentismo rapaz. El rentismo contraproducente. El rentismo que se sirve tajadas cada vez más grandes del pastel mientras lo achica.

Allí está el ejemplo de los bancos. Las preguntas sin respuesta; el misterio sin solución. Por qué los márgenes de ganancia de los bancos extranjeros en Mexico son más grandes que en muchas partes del mundo? Por qué las utilidades voluminosas provienen del cobro de comisiones al consumo, sobre todo en tarjetas de crédito? Por qué las comisiones bancarias en si representan el 35 por ciento de los ingresos de los intermediarios? Por qué los créditos hipotecarios son tan caros cuando no tendrían que serlo? Y claro, la explicación oficial es el riesgo, dadas las crisis bancarias del pasado. Pero quizás haya otra razón por la cual un mercado que dice ser competitivo no ofrece mejores condiciones a quienes tienen acceso a él. La protección, quizás. La mala regulación, quizás. Y mientras tanto, el servicio malo y caro que padecen los usuarios. Usted y yo.

Allí está el ejemplo de las carreteras. Con tarifas de primer mundo y calidad de tercer mundo. Con baches y tramos inconclusos y faltas de señalización y deslaves y casetas de cobro deshabitadas y sistema de cobro ineficientes. Con el aumento del 3,1% *en* tarifas para asegurar una modernización que nunca llega. Luego de un proceso de privatización que prometía beneficios pero sólo existieron para los concesionarios o los contratistas. Uno de ellos, Cosme Mares. Supuesto prestanombre de Vicente Fox para la Adquisición de la playa El Tamarindillo. Bajo investigación por la PGR por irregularidades detectadas en contratos carreteros otorgados por la Secretaria de Comunicaciones y Transportes. Protegido por diez funcionarios de la SCT que nunca le exigieron cumplir y a quien rescataron cuando se le acabó el dinero. Apoyado por personas que usaron a las instituciones para sus propios propósitos. Síntomas del rentismo en cada carretera cara y mal mantenida. En cada extracción en cada casilla de cobro. Una y otra vez que pararnos allí usted y yo.

Y el ejemplo *más* atroz: las telecomunicaciones. Mes tras mes, el traspaso masivo de riqueza del bolsillo de los consumidores a las arcas de Telmex. A las arcas de Telcel. Dieciocho años después de su privatización, la empresa de Carlos Slim ni siquiera ha podido ser declarada "dominante" y los precios siguen siendo altos. El proceso falló, dicen ex-funcionarios de la Cofetel. La competencia verdadera no se dio, reconocen. El consumidor no se benefició, lamentan. Por la falta de regulación adecuada, por la persistencia de prácticas anticompetitivas, por la inexistencia de esquemas tarifarios, por los amparos que - después de años de litigio - un juzgado federal otorgó. Porque dentro del gobierno y del poder judicial mismo hubo quien claudicó. Quien cedió. Quien dejó de diseñar reglas para contener el rentismo. Quien dejó de hablar en nombre del consumidor. Usted y yo.

Por que si no lo hace, la pregunta perenne seguirá siendo: Quién gobierna en México? El Instituto Federal Electoral o Ricardo Salinas Pliego? La Secretaria de Comunicaciones y Transportes o Unefon? La Secretaria de Educación Pública o Elba Esther Gordillo? La Comisión Federal de Competencia o Carlos Slim? Pemex o Carlos Romero Deschamps? El gobierno o las televisoras? Felipe Calderón o una serie de intereses que no logra contener?

Ante los vacíos de autoridad y la captura regulatoria y las decisiones de política pública que favorecen a una minoría la respuesta parece obvia. México hoy padece lo que algunos llaman "Estado dentro del Estado", o lo que otros denominan "una economía sin un gobierno capaz de regularla de manera eficaz". Eso - y no la caída en la producción petrolera - es lo que condena a México al sub-desempeño crónico.

Una y otra vez, el debate sobre cómo promover el crecimiento y cómo fomentar la inversión y cómo generar el empleo se encuentra fuera *de* foco. El gobierno cree que para lograr estos objetivos basta con tenderle la mano al sector privado en el sector petrolero, y el sector privado por su parte piensa que la panacea es que se le permita participar. Pero esa es sólo una solución parcial a un problema más profundo. El meollo detrás de la mediocridad de México se encuentra en su estructura económica y las reglas del juego que la apuntalan.

Una estructura demasiado *top heavy* o pesada en la punta de la pirámide; una estructura oligopolizada donde unos cuantos se dedican a la extracción de rentas; una estructura de complicidades y colusiones que el gobierno permite y de la cual también se beneficia.

Ese capitalismo disfuncional que explica la razón por la cual Javier Lozano -- como funcionario de la Cofetel en 1998 -- decidió otorgarle una pró1roga a Unefon cuando no podía pagar la concesión que se le otorgó. Un ejemplo de tantos del Estado mexicano interviniendo para salvar y apoyar a un miembro de la cúpula empresarial privilegiada. Un ejemplo más de la discrecionalidad gubernamental orientada a crear "ganadores" económicos que dependan de su buena voluntad. Un ejemplo emblemático de lo que ocurre todos los días en múltiples sectores: líderes políticos que utilizan su poder para contruir cierto tipo de relación con el sector empresarial o para extraer riqueza de él. Y el objetivo no es el crecimiento económico sino el patronazgo. La meta no es la modernización del sector empresarial sino llegar a un acuerdo mutuamente benéfico: a Unefon se le da más tiempo para pagar y a cambio se le cobran intereses que el Estado necesita para financiarse a si mismo y a sus clientelas. Todos contentos con las reglas dobladas.

El problema surge cuando ese modelo comienza a generar monstruos; cuando ese apoyo gubernamental produce monopolios y duopolios y oligopolios que ya no pueden ser controlados; cuando las "criaturas del Estado" --- como las llama Moisés Naim - amenazan con devorarlo. Así hay que entender la devolución gubernamental de 550 millones de pesos a Ricardo Salinas Pliego, por intereses supuestamente mal cobrados, un día antes del fin del sexenio de Vicente Fox. Un gesto de agradecimiento del presidente saliente a quien le había prestado la pantalla a él y a su esposa. Una señal de doblegamiento ante el poder que Los Pinos y la Cofetel y la Secretaria de Comunicaciones y Transportes había contribuido a crear. Una señal de debilidad del Estado mexicano ante el Frankenstein que a lo largo de últimos tres sexenios engendró. Esa criatura deforme -- Unefon -- que el gobierno parió y hoy lo demanda para que le entregue 3,057 millones de pesos más. Ese Frankenstein de los muchos que intimidan a México y le impiden crecer, prosperar, competir, innovar. Ese capitalismo estatista / ioligárquico en el cual el objetivo central del gobierno no es el crecimiento económico, sino mantener la posición de los privilegiados - incluyendo funcionarios del gobierno -- que controlan los principales recursos del país. Claro, todos los miembros del gabinete de Felipe Calderón y todos los miembros de la cúpula empresarial hablan del crecimiento y de la competencia, pero más bien lo perciben como una variable residual. Más bien buscan - y duele reconocerlo -- asegurar un grado mínimo de avance para mantener la paz social, pero sin alterar las fuerzas existente. Sin cambiar la estructura económica de una manera fundamental cuando al país le urge que eso ocurra.

Sólo así se entiende el comunicado lamentable de la Secretaria de Comunicaciones y Transportes celebrando la alianza entre Telemundo y Televisa, cuando en realidad revela una claudicación gubernamental ante la posibilidad de una tercera cadena. Sólo así se comprende que la presidencia

de Felipe Calderón no levante un dedo para sancionar a TV Azteca, cuando ha violado la ley al rehusarse a transmitir los *spots* del IFE mientras muestra alegremente los del FAP. Sólo así se entiende la posposición *ad infinitum* en el Senado de una nueva ley de medios para promover la competencia en el sector. Sólo así se comprende que la reforma a Pemex deje sin tocar el asunto del sindicato. Sólo así se entiende la decisión probable de permitir la entrada de Carlos Slim a la televisión sin obligarlo a cumplir con las condiciones de su concesión original. Sólo así se comprende que el SNTE consiga más prebendas sin ofrecer reformas educativas de fondo a cambio. Síntomas de un gobierno ineficaz. Señales de un gobierno doblegado. Muestras de un gobierno coludido.

Con efectos cada vez mas onerosos y cada vez mas obvios. Mucha riqueza, pocos beneficiarios. Crecimiento estancado, país aletargado. Intereses atrincherados, reformas diluidas. Poca competencia, baja competitividad. Poder concentrado, democracia puesta en jaque. Un gobierno que en lugar de domesticar a las criaturas que ha concebido, ahora vive aterrorizado por ellas. Decía Disraeli que la prueba para las instituciones es la condición del país que regulan.

Ante el panorama patético que se abre para el nuestro, es imperativo que el gobierno de México se dedique a algo más que satisfacer intereses particulares, incluyendo los suyos. Su interés principal debe ser el interés público. Debe erigirse en instrumento para la creación de mexicanos educados, emprendedores, competitivos, prósperos. Y no perpetuarse como protector permanente de un manojito de Frankensteins que los asolan.

Recordemos que en la elección de 2006, la oferta de continuidad de más de lo mismo ganó por 240 mil votos si el presidente quiere ofrecer más, el país de ganadores, sólo lo va lograr por medio del dinamismo económico, promover mecanismos para la competencia y de equidad.

Establecer condiciones para la competencia, condiciones para la equidad y cómo distribuir la riqueza. En otras palabras, usar el Gobierno para regular a aquellos con más poder y con más peso que el electorado y el interés público.

Si continúa así, México va seguir siendo que cojea de lado en vez de correr de frente. Un lugar donde las fortunas oligopólicas se construyen a partir de la protección política y no de la innovación empresarial. Un lugar donde el crecimiento es menor que en el resto de América Latina, debido a los cuellos de botella que los monopolios han diseñado, sus amigos en el gobierno les ayudan a defender. Un lugar donde las penurias que la Sra. Calderón de la Barca enfrentó con los aeropuertos y los maleteros y los taxis y las gasolineras y la telefonía y la televisión y las telecomunicaciones son las mismas que padecen tantos mexicanos más.

Seguirá siendo un país disfuncional por países que en vez de administrar un país van a administrar su inercia.